

José Íñigo Aguilar Medina*
Ma. Sara Molinari Soriano*

A N T R O P O L O G Í A



Viejos y recuerdos.

Lo significativo de la vida cotidiana

La vida cotidiana es el resultado de un tiempo, un ritmo y un espacio concretos que los individuos tejen al relacionarse con las personas que forman parte del mismo grupo social. Así, cada individuo y cada segmento social valoran de manera especial algún aspecto de la cotidianidad, pues ella les permite reproducirse como individuos y como sociedad.

La cotidianidad se acepta como “el orden correcto” de la vida. Trabajo, vida familiar, tiempo libre, práctica religiosa y actividad socio-política¹ son esferas de la vida cotidiana regidas de acuerdo con el valor que los individuos e instituciones les otorgan. Es por ello que Agnes Heller dice: “La historia es historia de colisiones de valores de esferas heterogéneas”,² palabras que en el mundo globalizado de hoy tienen especial significado, ya que no son pocos los estudiosos que consideran la pérdida de valores como una característica fundamental de la actual época, lo que sin duda tiene una clara referencia a la predominancia otorgada, dentro del modelo económico propuesto por el neoliberalismo, a la esfera del trabajo en detrimento del resto de las actividades de la vida cotidiana, mismas que en su conjunto van creando y recreando al ser humano.

Así, vivimos una crisis de valores no por su pérdida en sí, sino por el sentido distinto que se les otorga. Se ha perdido para siempre ese mundo regido sólo por la propia cultura, en donde los valores tenían una clara jerarquización y un solo sentido;³ en la actualidad se proponen nuevos ejes sobre los que debe girar la cotidianidad de todos los habitantes de la nueva “aldea global”.⁴ Por ende, bajo el impulso de la productividad como valor supremo y universal (que exige una total postración ante “la urgencia”) se

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ Mónica Sorín, “Cultura y vida cotidiana”, en *Casa de las Américas*, núms. 30 y 180, La Habana, Universidad de La Habana, enero-febrero de 1990, pp. 39-47.

² Agnes Heller, *Historia y vida cotidiana. Aportaciones a la sociología socialista*, Barcelona, Grijalbo, 1972, p. 27.

³ Jérôme Bindé, *¿Adónde van los valores? Coloquios del siglo XXI*, Barcelona, UNESCO, 2005.

⁴ Herbert Marshall McLuhan y B.R. Powers, *La aldea global*, México, Gedisa, 1991.



fomenta entre las personas de todas las culturas, como parte de la nueva forma de vida así entendida, la explosión del estrés y el predominio del trabajo sobre las otras esferas de la vida cotidiana. Es necesario comprender que la sociedad y la economía del conocimiento (su base tecnológica), así como las nuevas formas que asume el trabajo y las repercusiones sociales del nuevo orden laboral, inciden en los valores individuales y sociales y por lo tanto en la configuración de la vida cotidiana.

Al parecer, uno de los resultados para el ser humano del nuevo proceso de globalización es la construcción de lo que podría llamarse la cultura de la incertidumbre, ya que la celeridad de los cambios producidos hace parcialmente inútiles las estrategias tradicionales con las que se preparaba a los integrantes de las generaciones subsiguientes, pues cuando el mundo de la cultura era igual, los padres y abuelos enseñaban y mostraban a los niños el mundo en el que iban a vivir. En la actualidad, los padres no conocen el mundo en el que vivirán los niños. Educamos niños para que vivan en un mundo que no conocemos.⁵ Por ello los grupos sociales y las mismas instituciones se muestran mucho más tolerantes hacia el cambio en la conformación de los valores que portan los individuos que las integran, pues las habilidades y los valores que les son transmitidos sólo serán parcialmente los adecuados para el futuro; asimismo, conservamos ancianos en un mundo que no necesita su experiencia laboral, porque ésta pertenece a una realidad ya inexistente y porque las formas de acumulación y transmisión del conocimiento del trabajo actualmente son diferentes a las utilizadas en las sociedades tradicionales: las transmitían las personas que habían acumulado más edad y experiencia, considerada ésta como el entendimiento y la participación con habilidad en la repetición del proceso.

Las capacidades que ayer aún servían para guiar la orientación de la vida cotidiana, se hacen inservibles al día siguiente, son necesarias capacidades nuevas. Los cincuentones se encuentran frente a un mundo totalmente distinto del que vieron a la edad de veinte años. En vez

⁵ Margaret Mead, *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Barcelona, Gedisa, 1997.

de los “expertos” ancianos, son precisamente los jóvenes quienes se muestran “adaptados a la vida”.⁶

Se parte del supuesto de que los cambios de hoy que debe afrontar cada generación, han de ser más acelerados para poder cubrir ese gran espacio de conocimientos e innovaciones que se da entre los abuelos y los padres y entre éstos y los hijos. En la actualidad, la ruptura generacional abarca a todas las sociedades del mundo, pues el cambio se ha registrado dentro del ciclo vital de una generación, lo que antes ocurría tras el paso de varias generaciones.⁷

De manera que, según sea el grupo de edad al que se pertenece, los valores socioculturales observados serán distintos, ya que las personas integradas a cada uno de esos grupos de edad o de generación comparten una visión distinta del mundo, que los clasifica como miembros de un sector social que está determinado por la edad y posición que guarda cada uno en la estructura familiar (padre, hijo, abuelo) y en consecuencia por las condiciones económico-sociales que dan forma a los valores que su cultura les ofrece en el momento que les ha tocado vivir, los cuales hablan de procesos de continuidad y de ruptura generacional.

La necesidad de comenzar de nuevo el proceso de aprendizaje es, como *caso particular*, tan antigua como la historia de la humanidad. La mujer que ha perdido a su marido debe “aprender de nuevo” al igual que el rico que ya no posee su patrimonio, que el pobre que encuentra un tesoro, que el ciudadano expulsado de su patria en una tierra desconocida, que el naufrago, etcétera. Pero la situación es completamente distinta cuando se trata de un estrato social entero, una nación, una generación, etcétera, la que debe aprender de nuevo.

Sin embargo, antes de la sociedad burguesa sucedía muy raramente que las condiciones de vida de una integración cambiasen de un modo relativamente pacífico en el seno de una sola generación (para la cual era necesario aprender de nuevo).⁸

⁶ Agnes Heller, *op. cit.*, p. 179.

⁷ Jesús Hernández Aristu y Andreu López Blasco (comps.), *La familia ante el cambio social. Actitudes, prospectiva y nuevos retos*, Valencia, Au Llibres, 2001.

⁸ Agnes Heller, *op. cit.*, p. 178.



El interés de este trabajo consiste en descubrir cómo responde la generación de los viejos al reto de elegir “valores” para “construir la familia y la sociedad”, lo cual es siempre una prefiguración, ya que los valores no son necesariamente acciones, sino preferencias normativas de aquéllas; así pues muestran, indican, velan y desvelan la ruta seguida por la sociedad y sus diferentes sectores para construirse o reconstruirse.

La cultura no sólo se transmite por los mecanismos del inconsciente, por inmersión, por haber nacido en esa cultura, o por observación, sino también por un deseo intencional, deliberado, de transmitir ciertos valores a la siguiente generación. Así, la especificidad mostrada por alguna generación es, algunas veces, también promovida de manera deliberada por el interés consciente de las personas, lo cual tiene un efecto de preservación de esquemas de prácticas culturales específicas. El grupo genera, reproduce patrones de experiencia, de los cuales la siguiente generación aprende.⁹

Por lo tanto, el papel que tiene la experiencia de cada generación modifica la aplicación y el uso de valores referentes a la visión que tienen las otras generaciones en el mismo momento histórico en que se analizan. Pero en este proceso también influye el impacto de los otros mensajes transmitidos desde dentro y fuera de la propia sociedad y que muchas veces se relacionan con el deseo de lograr una determinada dominación ideológica (misma que hoy día los intereses y los medios de los que se vale el proceso de globalización la determinan en gran medida).

Sin duda alguna, una tesis que no necesita demostración y enseña la obviedad de la vida cotidiana es la que el ser humano —más que una máquina de producción— es un ser creador y por lo tanto trabajador, que gusta de la recreación y de las actividades que hacen posible su existencia, es decir, de las actividades que lo alejan del trabajo productivo.

Si el estudio de lo cotidiano significa entender los nudos que consolidan la red social, en este trabajo se



pretende comprender los elementos de lo cotidiano que son especialmente significativos en el recuerdo de los viejos.

Por ello se analizará cómo a partir de la presentación de las memorias de un anciano, plasmadas en un libro, se recrean los valores y la forma de vida que los miembros de dicha generación tratan de transmitir a las generaciones de renuevo. El libro se titula *Hue-hue-coyotl. Viejo coyote*¹⁰ y recrea la identidad y lo significativo de la vida cotidiana de un grupo que vivió su adolescencia en el Coyoacán rural de las décadas de 1940 y 1950.

Cabe señalar que la vejez es la etapa de la vida que se ubica entre los sesenta y setenta años, se caracteriza por ir acompañada de la jubilación y es cuando se presentan incapacidades físicas y mentales que producen dependencia, debilidad y pasividad. Esta situación lleva a la pérdida de la posición social detentada durante la madurez, así como al aislamiento social y finalmente al término de la vida, lo cual debe tomarse en cuenta para estimar el valor social que tienen los ancianos, pues por su nueva y dependiente situación se puede llegar a pensar que ya no son necesarios e importantes para los otros miembros de la comunidad.

Sin embargo, no todo en los viejos es pérdida, ya que en ese periodo de la vida es común que el individuo haga el balance de lo vivido y el saldo sea compar-

⁹ Margaret Mead, *op. cit.*

¹⁰ Manuel Martínez Becerril, *Hue-hue-coyotl. Viejo coyote*, México, edición del autor, 2006.



tido con los amigos y con las personas que conforman las generaciones más jóvenes, ya sean los hijos y nietos propios o los de los amigos. La manera más común y tradicional de hacerlo es por medio de la comunicación oral, pues los viejos tienen mucho tiempo libre y lo ocupan en conversar; también se da de otra forma hasta ahora más bien extraordinaria: a través del libro. Tal es el caso de la obra de José Luis Aguilar, *Coyoacán de mis recuerdos*,¹¹ que se sitúa en el ambiente de 1930 y 1940 centrandolo en torno al templo y a las actividades parroquiales en las que el autor participó. Asimismo, encontramos también en el cine este tipo de relatos, aunque no necesariamente escritos por los mismos viejos, aunque sí reflejan un discurso semejante, como ejemplo en la conocida película de Giuseppe Tornatore, “Cinema Paraíso”,¹² en donde el relato se sitúa en la década de 1950 y aborda los recuerdos de un viejo en torno al cine del pueblo.

Por otro lado, el relato etnográfico pretende describir la ceremonia donde se presenta el libro *Hue-hue-coyotl. Viejo coyote* de Manuel Martínez Becerril, a partir de las inferencias de la manera en que las personas actúan, de acuerdo con la perspectiva de Goffman¹³

¹¹ José Luis Aguilar Fernández, *Coyoacán de mis recuerdos*, México, edición del autor, 1979.

¹² Giuseppe Tornatore, “Nuovo Cinema Paradiso”, Roma/París, 1988.

¹³ Goffman Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004, p.11.

por descubrir la forma en que el individuo se presenta y presenta su actividad ante los otros. La presentación del individuo en la vida cotidiana, dice, es una manera de cumplir con el rol que la sociedad demanda a cada uno.

Los grupos convocados para la presentación del libro son los adultos y viejos que durante su adolescencia formaron parte de un conjunto local de *boy scouts*; son también los participantes de diferentes actividades deportivas como los futbolistas de la Liga Regional del Sur; los de la cancha de fútbol del Fragata; los basquetbolistas de las canchas que en ese entonces estaban situadas en avenida Coyoacán y Belisario Domínguez, y los integrantes o

público del coro de niños cantores de Coyoacán, dirigidos por el “Maestro” Zacarías.

La etnografía

El evento se lleva a cabo en el Centro Cultural Ana María Hernández, sí, lugar en el que antes estaban los lavaderos de Coyoacán, donde concurrían las señoras a lavar la ropa de la familia: sin embargo, como Coyoacán era un pueblo que iba acorde con las ventajas de las nuevas tecnologías en servicios urbanos, a finales de 1950 aquellos se clausuraron y el predio se destinó a distintos usos, hasta que en 1970 se construyó dicho centro que cuenta con un auditorio.

La cita es el viernes 29 de septiembre de 2006 a las ocho de la noche en dicho centro, los asistentes encargados de la preparación y realización del evento llegan con más de una hora de anticipación, colocan la mesa para la exhibición de los libros, los cuadros con fotografías de Coyoacán (que serán rifados entre la concurrencia que adquiera el libro) y en el vestíbulo se colocan algunas de las acuarelas del pintor “más destacado de la comunidad”; desde luego las fotografías a rifar están incluidas en el libro y son del fotógrafo oficial de la comunidad, pues es el mejor y también es hermano del autor. La convocatoria provoca nostalgia entre los asistentes quienes compran el libro y además adquieren ejemplares extra: “para mi mamá”, o “para mis hijos”, o “para que recuerden o conozcan lo que fue Coyoacán”.

Coyoacán sólo es, en el imaginario colectivo de los asistentes, la villa de Coyoacán los barrios, los pueblos y la colonia Del Carmen; no tienen cabida el resto de las colonias de la delegación ya que son recientes: en el Coyoacán de 1950 no existían, su espacio formaba parte de los campos de cultivo o del pedregal.

A las ocho de la noche, el coordinador anuncia la primera llamada, los invitados —personas con un promedio de edad de sesenta años— llegan sonriendo a todos y acompañados por los hijos jóvenes, tratando de reconocer a los amigos de la adolescencia, intercambian saludos y preguntan por los parientes, pero la pregunta que se repite es: “¿Y en dónde vives?” Las respuestas varían, la mayoría señala los años que tiene de no vivir en Coyoacán —no hay que olvidar que Coyoacán sólo es lo que está determinado en el imaginario colectivo—, alguno dice: “Hace cinco años que me fui de Coyoacán, ya no es posible vivir aquí, no se puede ni estacionar el coche. ¡Imagínate!, nosotros vivíamos en Abasolo, enfrente de la nevería, claro, la única nevería para los de Coyoacán es la Siberia, la que está ‘en el parque’ y sus filiales”. Sí, para los de esta época el jardín situado en el centro de Coyoacán es el parque, no es el centro, ni Coyoacán, ni mucho menos “Coyacán” como dicen los turistas de hoy, sólo es “el parque”. “Ahora vivimos en San Jerónimo”, pero lo acota uno de los que escucha, “allá hace más frío que por aquí”, “sí”, responde, “pero lo que da miedo es el silencio, fíjate que los primeros meses nos despertábamos mi esposa y yo llenos de miedo, ella me decía, ‘por favor haz algo de ruido, es insoportable’”. Los interlocutores asienten con la cabeza y dicen: “Pues sí, en Coyoacán es puro ruido, pero a pesar de ello que bien se vive [...]”

Mientras, en el foro el autor sentado a la mesa cumple el rito de saludar y agradecer la presencia de los que se acercan en rigurosa fila para que les dedique el libro que han comprado a la entrada del auditorio. En tanto, el fotógrafo contratado para la ocasión finaliza el ritual de fotografiar al escritor con los posibles lectores.

El vestíbulo se llena de personas que intercambian saludos y presentaciones: “¡Cómo!, ¿no te acuerdas?, si ellos vivían cerca de los Viveros, en Belisario Domínguez 4, a la vuelta de la casa de tus papás, en Ayuntamiento.”

A las ocho y cuarto el coordinador anuncia la segunda llamada y el auditorio se va llenando, los jóvenes encargados de la venta de los libros les explican a los que llegan el procedimiento del ritual: “Aquí está el libro de Manuel, tiene un costo de ciento veinte pesos y además en la compra tienes la oportunidad de llevarte cualquiera de estas dos fotografías enmarcadas que forman parte de las reproducidas en el libro.” Al pagar se les entrega el boleto de la rifa junto con el libro. Se escucha la última recomendación: “Ya está Manuel en el foro dedicando los libros, si quieren pueden pasar a que se los firme.” Al pasar por el vestíbulo observan de reojo la exposición de acuarelas y comentan algún recuerdo que les viene a la memoria, o la belleza o exactitud con que están reproducidos los distintos rincones de Coyoacán. Al tiempo que los más avezados indican el lugar exacto plasmado en una u otra de las pinturas, y se escucha muy bajo el comentario: “¿Y qué, las venden?, ¿serán muy caras?”. Pero pocos se atreven a preguntarle al pintor, pues el compromiso no es con él, ya que después de todo se trata de la presentación de un libro y ése ya lo han adquirido.

En el foro se encuentran sentados a la mesa con el autor —que atiende la fila de invitados que le solicitan su dedicatoria— dos personas más que harán la presentación del libro. Mientras, el coordinador pelea una de las sillas con el nieto del escritor (como de unos cuatro años de edad), quien toma el micrófono para decir “hola” y después corre hacia las primeras butacas para recibir la aprobación de su papá. Al regresar, el niño por fin gana la silla, su lugar en la mesa, y el coordinador queda a su lado anunciando la tercera llamada y repitiendo: “Comenzamos”. Casi nadie le presta la menor atención y la mayoría continúa reconociéndose y platicando hasta que el coordinador pide a las personas que están de pie tomar su lugar, “pues vamos a iniciar con la presentación del libro”. Esto lleva un poco más de cinco minutos y cuando todos están sentados procede a la presentación de las personas de la mesa: “En primer lugar el licenciado Lavallo que escribió el prólogo de la obra”, después a Manuel Martínez, “el autor del libro”, enseguida “el acuarelista más destacado de Coyoacán y el representante de la dinastía Martínez”, el nieto del autor, y por último a él mismo.



Aprovecha para agradecer a todos los que han hecho posible el evento, desde los amigos que aportaron sus experiencias para ser plasmadas en el texto, hasta el personal de jóvenes encargados de la logística del evento, sin olvidar a los que se ocuparon de la edición, al licenciado que consiguió el auditorio, a las personas que aportaron el dinero y a los que consiguieron el vino Domecq que se ofrecería al término de la presentación.

A continuación da lectura al texto de una cuartilla que había preparado con antelación en el que repitió lo que ya había dicho de viva voz y donde mencionó el primer libro escrito por Manuel: “El sapo refranero”. Al concluir le cedió la palabra al acuarelista quien lo primero que confesó es que aún no leía el libro por presentar, por ello se limitó a decirle al autor “que esperaba no hubiera contado mentiras y que no sabía que ya había escrito un primer libro titulado ‘El sapo refranero’”. Enseguida le tocó el turno al licenciado Lavalle quien escribió el prólogo y procedió a la lectura de sus comentarios, que resultaron ser las mismas palabras plasmadas en el libro, donde habla con nostalgia de los recuerdos provocados por la lectura del libro. Esas palabras tuvieron su efecto en el ánimo de los asistentes, quienes se identificaron con los nostálgicos recuerdos narrados con gran sencillez, pues les trajeron a la memoria acontecimientos un tanto olvidados, así que al finalizar los aplausos fueron atronadores. A continuación le tocó el turno al nieto del autor que por su corta edad sólo pudo decir con fuerza la primera palabra de la frase que había tratado de memorizar: “Hola”. Ésta fue respondida con un fuerte aplauso.

Al fin le tocó el turno al autor que agradeció a los presentes su apoyo, agradeció a la vida la oportunidad que había tenido de vivirla con intensidad y deseó a los ahí reunidos que también tuvieran esa satisfacción; por otra parte, volvió su memoria a las actividades del grupo de *scouts* para expresar sus sentimientos por la relación que en aquel entonces tenían los pobladores de Coyoacán con la naturaleza, por ello recordó la fauna silvestre y los ríos que lo circundaban e inició la canción “Cu cu” que fue repetida a coro por los que la conocían, a la que siguieron los aplausos de los asistentes que también respondieron con la canción que dice:

“Por qué perder la esperanza de volvernos a ver [...]”, con ésta el coordinador trató de dar por concluida la presentación, pero fue interrumpido por uno de los hijos del escritor y papá del nieto que colaboró en la presentación del libro, para agradecer la presencia de su padre sobre todo después de que hacía 25 años lo habían desahuciado dándole sólo algunas semanas de vida, e insistió: “Veinticinco años después está vivo y conserva la capacidad de ver y además [...]”, ya con la voz entrecortada por las lágrimas dijo: “[...] ha escrito un libro”. La emoción llegó a su punto más alto y los aplausos subieron de tono, poniéndose todos de pie.

El coordinador invitó a tomar el vino de honor en el vestíbulo del auditorio y recomendó no entrar con el vaso a la sala “por obvias razones”, palabras a las que se respondió en los pequeños grupos diciendo: “Ni que estuviera alfombrado”... “No”, decía otro, “es para que no te caigas en las escaleras por el efecto del vino”. También aprovechó para recomendar la compra del libro y animó a los renuentes diciéndoles que en unos momentos más se procedería a la rifa de dos de las fotografías incluidas en el libro y que no dejaran de aprovechar esa oportunidad.

Los participantes formaron pequeños grupos y la mayoría permaneció en la sala, dada la pequeña capacidad que tiene el vestíbulo del auditorio, los jóvenes repartían vino blanco o tinto a cuantos se acercaban y todos preguntaban por los parientes de los ahora lejanos amigos que iban identificando; mientras, los jóvenes que llegaban buscaban a sus papás o abuelos entre la concurrencia y al encontrarlos se les reclamaba su retraso de manera invariable, a lo que respondían que era viernes de quincena, estaba lloviendo y el tránsito estaba imposible, después de lo cual los viejos pasaban a explicarles todo lo que se habían perdido por su tardanza.

En los pequeños grupos se comentaba y recordaba con visible gusto los distintos incidentes sobre su vida en Coyoacán, sobre el ánimo del autor o sobre sus actuales actividades, intercambiaban teléfonos y promesas de reunirse. En tanto que el escritor seguía sentado en el foro cumpliendo con el rito de dedicar el ejemplar adquirido que le presentaban los amigos y tomándose la foto que diera constancia de su participación en el evento. Al fin se anunció la rifa de las foto-

grafías enmarcadas, Tere, la esposa del autor, fue sacando los boletos, el primer cuadro se le dio al tercer número seleccionado y el segundo cuadro, al quinto. Los invitados comenzaron a retirarse poco a poco, aunque seguían llegando más jóvenes. Cuando los encargados del centro cultural informaron que tenían que cerrar, terminó el evento.

Conclusiones

El relato del viejo gira siempre en torno a la esfera de la vida cotidiana que más valora y poco se relaciona con la del trabajo, pues de alguna manera el anciano tiene solucionado el problema de su manutención; en contraste, el relato se construye con las características que se han perdido o debilitado en la forma de vida actual; asimismo privilegia lo que en dicha etapa de la vida considera importante para transmitirlo a las generaciones de renuevo, sea como recuerdo de lo que fue o aquello que en la vida tiene un valor perenne; tampoco olvida el impacto que en las emociones de los seres humanos tiene la nostalgia, manifestada como un anhelo vehemente por el pasado y que —en el caso de los viejos— se asocia con las esferas de la vida cotidiana que no tienen que ver con el trabajo, pero que éste las hace posible. Es el amor por una parte de la vida que no podrá ya volver. Al tiempo que esa parte le aflige también la hace sentir viva y le permite valorar que su existencia valió la pena.

Ahora los viejos ven incrementadas las oportunidades que tienen para transmitir sus valores e identidad a la nueva progenie, ya que son los abuelos, cada vez más, los que se ocupan del cuidado y de la crianza de las generaciones de renuevo; en consecuencia, si ya no se les valora como en épocas anteriores por sus conocimientos, ahora se les aprecia por la invaluable ayuda que prestan en la atención de los niños pequeños, quienes en crecientes proporciones son criados por los abuelos. El cambio en el papel social que desempeñan los ancianos en la sociedad también influye; por ejemplo, hasta la primera mitad del siglo XX los ancianos eran relativamente pocos y se ocupaban en conservar los conocimientos que



le permitían al grupo social sobrevivir, es decir, tenían la experiencia. En cambio ahora son muchos y ya no guardan la sabiduría que la sociedad requiere para su sobrevivencia, sin embargo resguardan la experiencia y la historia de los acontecimientos importantes que les ha tocado presenciar y no tienen relación con la producción, pero sí con el saber vivir.

Con la modernización y globalización la ancianidad, sin embargo, recibe cada vez menor atención: es el resultado de la lucha que el mercado y la competitividad propicia entre las personas y las generaciones.

Por ello, la vejez debe entenderse desde la perspectiva de la cultura, en un sentido diferente al de los criterios proclamados por la economía de mercado. Los valores que le pueden dar sentido a la vejez son los de un proceso de humanización relacionado con la manera de construir la vida cotidiana, ya que la memoria, la experiencia, la construcción de los nudos de la red social y la importancia de ser entran en contradicción con las pretensiones del mercado inculcadas a las nuevas generaciones, a fin de ser “productivas”. Tales pretensiones impiden apreciar la vida, los ancianos y su manera de conformar la vida cotidiana. Los recuerdos que de verdad pueden dar sentido a la vida están depositados en las personas de edad avanzada y son fuente de la indispensable cultura tradicional que da identidad a todo pueblo.